

El nacionalcatolicismo fascista de José Pemartín: entre el monarquismo circunstancial franquista y el monarquismo institucional tradicionalista

The Fascist National Catholicism of José Pemartín: between circumstantial Francoist monarchism and traditional institutional monarchism

Andrea VINCENZINI
Universidad de Cantabria
andrea.vincenzini@unican.es
<http://orcid.org/0000-0002-4151-8303>

Fecha de recepción: 13-10-2020
Fecha de aceptación: 24-05-2021

RESUMEN

En este estudio analizaremos el recorrido de los católicos reaccionarios a partir de la Guerra de Independencia y su cambio de antinacionales a nacional-católicos hasta convertirse en fascistizados en el periodo entre la Guerra Civil y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido cabe destacar la labor de José Pemartín. La centralidad del estudio la ocupan tres temas contenidos en su obra más importante, *Qué es lo Nuevo*: la diferencia de matices con respecto a los valores expresados por otros intelectuales nacional-católicos anteriores y contemporáneos a él; la tentativa de conciliar el ideario nacional-católico con las ideas falangistas; y la doctrina fascista.

Palabras clave: nacional-catolicismo, fascismo, monarquismo, institucional, circunstancial, tradicionalismo

Topónimo: España

Período: Siglo XX

ABSTRACT

This study analyses the path traversed by Catholic reactionaries after the War of Independence and their transition from antinational to National Catholic until they converted to Fascism during the period between the Civil War and the outbreak of World War Two. In this respect, it is worth highlighting the work of José Pemartín. This study mainly focuses on three themes in his most important creation, *Qué es lo Nuevo*: the differences in tone in comparison with the values expressed by both earlier and coetaneous National-Catholic intellectuals; the attempt to reconcile National-Catholic ideology with Falangist thinking; and Fascist doctrine.

Keywords: Nacional-Catholicism, Fascism, monarchism, institutional, circumstantial, traditionalism

Place names: Spain

Period: 20th century

1. INTRODUCCIÓN

Renombrados historiadores han subrayado en sus investigaciones cómo, durante la Guerra Civil, urgía hallar puntos de encuentro entre las dos culturas políticas nacionalistas a partir del decreto de unificación de los partidos políticos de 1937. Además, se imponía la necesidad de presentar a Franco como jefe carismático en el que confluían lo político, lo militar y lo religioso. Dado que el fascismo en ese tiempo aparecía como la ideología triunfadora y como un horizonte incuestionable, se generó un juego de apropiaciones y distorsiones en las dos direcciones posibles, pues, como ha sostenido Ismael Saz Campos (2013: 76), desde el campo nacional-católico se intentó una apropiación distorsionada del fascismo, mientras que desde el lado falangista se hizo lo propio respecto al nacional-catolicismo.

Ambos nacionalismos se basaban en el mito de la decadencia de la nación y de la sociedad y arremetían contra los mismos enemigos y responsables de ella, es decir el liberalismo, la democracia, el socialismo, lo cosmopolita y lo extraño a la comunidad (judíos, masones, extranjeros); ambos buscaban, por tanto, la destrucción violenta del orden liberal y su sustitución por un orden nuevo. Sin embargo, el primer falangismo era ultranacionalista, palingenésico, vitalista, revolucionario y proyectivo. El nacionalcatolicismo, por el contrario, era elitista y anti-populista. De hecho, según los intelectuales nacional-católicos, la esencia de la nación no residía en el pueblo, sino en sus instituciones históricas, esto es, en la Monarquía, en la Iglesia y en el Ejército; en consecuencia, el pueblo no constituía su gran referente, por lo que no aspiraba a su movilización (siempre romántica, siempre democrática, siempre peligrosa). Por su parte, la Falange de la preguerra civil se presentaba, al puro estilo fascista, como una tercera vía entre capitalismo y socialismo, que quería involucrar al proletariado en su revolución. De manera opuesta, el nacionalismo reaccionario no cuestionaba las jerarquías sociales ni la modernización económica. Por último, el nacionalismo revolucionario era laico y secular, mientras el reaccionario abogaba por un Estado confesional y católico.

Pero, a partir del Alzamiento, las contingencias históricas provocarán un inevitable acercamiento de posturas. El encumbramiento en el poder de Franco, la contundente intervención de Italia y Alemania en la contienda y la necesidad de una unión disciplinada de las fuerzas antirrepublicanas obligaban a buscar confluencias y convergencias. Según Zira Box Varela (2010: 200), el desafío consistía en que cada uno de los grupos sublevados absorbiese parte de la retórica ajena de cara a incorporarla dentro de aquella que le fuese propia. Había que ceder y asimilar, pero pretendiendo conservar los propios presupuestos ideológicos.

Una prueba de este sincretismo en el lado falangista podemos hallarla en las obras del intelectual falangista Juan Beneyto Pérez (1939: 15-18). En su *Genio y figura del Movimiento* no faltaban tentativas de asociar a Franco, mediante una retórica abundante en acentos fascistas, con los Reyes Católicos, con los que compartiría el objetivo de forjar la unidad nacional. En ese libro, según Giuliana Di Febo (2004: 83-97), su autor quería conciliar la atracción por el modelo fascista italiano con los nuevos aparatos institucionales españoles llenos de ecos de la Edad Media y de la Moderna imperial.

En el campo nacional-católico cabe destacar, en sentido unificador, la labor de José Pemartín, autor del movimiento equivalente desde la posición contraria. En la obra más importante de Pemartín, *Qué es lo Nuevo* (1938: 15-433), se abordan temas que permiten precisar la diferencia de matices en cuanto a los valores filosóficos, culturales y políticos expresados por otros intelectuales nacional-católicos anteriores y coetáneos (por ejemplo, Ramiro de Maeztu y José Pemán). De la trayectoria como filósofo de Pemartín, de la “monarquía circunstancial” y de la cuestión religiosa en Pemartín nos hemos servido, entre otros, de los excelentes estudios de Álvaro Castro Sánchez (2015), Alejandro Quiroga Fernández de Soto Alberto Reig Tapia (1995: 77-97), Santos Juliá (2015: 328), Enrique Moradiellos (2016: 83-95), Ismael Saz Campos y Raúl Morodo (1985: 281, 396). De la obra de Pemartín nos centraremos con preferencia en los capítulos dedicados a la política exterior, al fascismo internacional y, finalmente, a la organización de la historia. En relación con este último tema y con su ideología buscamos explicar por qué *Qué es lo Nuevo* fue considerado por el *Spanish Bureau Information* de Nueva York como el *Mein Kampf* de Franco, al constituir el punto de encuentro ideal entre el fascismo falangista y el nacionalismo tradicionalista español. Pero para llegar a abordar tales cuestiones es preciso insertar el relato nacional en el catolicismo tradicionalista a partir de la mitad del siglo XX.

2. LA TRANSFORMACIÓN DEL CATOLICISMO REACCIONARIO: DE ANTINACIONALES A FASCISTIZADOS

Según Alfonso Botti (2008: 69), las raíces del nacional-catolicismo tienen sus bases en la reacción católica frente a la Ilustración, a la Revolución francesa y a la revuelta contra la invasión napoleónica de 1808. No obstante, como ha subrayado Álvarez Junco en su magistral *Mater Dolorosa*, en España fueron los liberales los que hicieron triunfar la cuestión nacional y la soberanía popular en la Constitución de 1812. De hecho, en las Cortes de Cádiz, los liberales se opusieron a los reaccionarios y absolutistas, los cuales querían que la soberanía radicara exclusivamente en el monarca y se fundara sobre el principio de Trono y Altar. Como afirma Álvarez Junco:

Pérez Galdós, en los Episodios Nacionales, sintetizó repetidamente la guerra carlista como un enfrentamiento de la religión contra la libertad. La incompatibilidad entre la identidad religiosa tradicional y la nueva legitimidad nacional llegó a tal punto que en más de una ocasión se ha descrito la figura del fraile carlista entrando en los pueblos al grito de ¡Viva la Religión!, ¡viva el Rey!, ¡abajo la nación! Y Galdós describe, igualmente, en más de una ocasión a la muchedumbre absolutistas al son de la misma consigna “¡Muera la Nación!” (Álvarez Junco, 2017: 365)

Además, las tropas isabelinas y los liberales, durante la Primera Guerra Carlista, se presentaban a sí mismas como nacionales. En cambio, el carlismo hacía bandera del “españolismo”, al defender las tradiciones culturales heredadas, con el catolicismo y las estructuras de poder del Antiguo Régimen en lugar preeminente (Álvarez Junco, 2017: 167). Sin embargo, en la guerra de 1936-1939, será la derecha rebelde la que se autodenomine como bando nacional. ¿Qué había pasado entre las dos épocas? Según Álvarez Junco, fue el clérigo catalán Jaime Balmes (1845; 1850) quien, queriendo acercar moderantismo y carlismo, se convirtió en el formulador más coherente de la unión de catolicismo y españolismo; de hecho, trabajó intensamente para reagrupar las ramas liberal y carlista de los Borbones. Para Balmes, bien familiarizado con la escolástica clásica, el poder, procedente de Dios, radicaba de manera inmediata en la comunidad, que lo había transferido a los gobernantes. Por lo tanto, la historia, especialmente los siglos medievales, había modelado

España alrededor de dos ejes: la religión y la Monarquía, las creencias católicas y la fuerza militar del Rey y sus señores (Núñez Seixas, 2018: 32).

Con el advenimiento de la restauración borbónica, el símbolo de esta operación política, respaldada por el Vaticano, fue Marcelino Menéndez Pelayo. En la misma línea de éste, también los carlistas intentaron adueñarse del relato nacional, arrebatándoselo a la historiografía republicana y disputándoselo a los liberal-conservadores de Cánovas. Y lo hicieron con, entre otros, el presbítero Félix Sardá y Salvany, autor, en 1884, de *El liberalismo es pecado*, obra a modo de “catecismo” de los carlistas:

Tal fue siempre entre nosotros la identificación de la fe católica con el carácter nacional, que de hecho llegaron ambos a constituir una misma cosa. Los godos nunca fueron más que invasores acampados en nuestro suelo mientras fueron arrianos. Recibieron como su carta de naturalización española cuando en el reinado de Recaredo se convirtieron a la ortodoxia romana, que era la nacional. (Sardá y Salvany, 1887).

Más tarde, la Dictadura primorriverista, derivada de la crisis general de 1917-1923, representó en muchos sentidos, según Alfonso Botti (2008: 96), una prolongación del maurismo y el apogeo del nacionalismo español pre-franquista. Con ella fueron solidarias la Iglesia, las asociaciones católicas y una parte del movimiento sindical y socialista, que, después de la sonora derrota, se involucraba en la gestión del sistema; y a raíz de la estabilización de la situación interna, se incorporarían al consenso también fuerzas hasta entonces disidentes. La conversión más notable fue, sin duda, la de Ramiro de Maeztu (González Cuevas, 2018: 713-720). Maeztu intentó demostrar culturalmente la existencia de un vínculo profundo entre el capitalismo, la moral y el catolicismo (Maeztu, 1927). De hecho, desarrolló en España la tarea de desligar ideológicamente el capitalismo del liberalismo para atarlo al nacionalcatolicismo autoritario (Maeztu, 1975). Sin embargo, el terremoto político de las elecciones municipales de abril de 1931 desembocó en el exilio del rey y en la proclamación de la República. Desde entonces, Maeztu se transformaría en la punta de lanza del bando nacional-católico por su protagonismo en la revista *Acción Española* (fundada en diciembre de 1931), y, más aún, gracias a su obra *La defensa de la hispanidad* (1934). En el preludio del ensayo, publicado en 1931 como artículo-programa de la revista, subrayaba el motivo de la decadencia de España:

Desde que España dejó de creer en sí, en su misión histórica, no ha dado al mundo de las ideas generales más pensamientos valedores que los que han tendido a hacerla recuperar su propio ser. [...] La raíz de la revolución en España allá en los comienzos del siglo XVIII, ha de buscarse únicamente en nuestra admiración del extranjero. No brotó de nuestro ser, sino de nuestro no ser (Maeztu, 2018: 4-7).

Más allá de las habituales consideraciones sobre la reelaboración nacional-católica de la historia de España, el núcleo del libro era la exaltación de la misión civilizadora que, bajo los Reyes Católicos y los Habsburgo, España había ejercido en la evangelización del Nuevo Mundo merced a los militares y los religiosos (Sepúlveda Muñoz, 2005). Por tanto, según Maeztu, la diferencia entre el hombre hispánico y el de los demás pueblos consistió en manifestar que su salvación no dependía de criterios biológicos o raciales, sino de su fe y voluntad. Además, en el ensayo, ni siquiera se hacía ninguna referencia a la constitución del nuevo partido de la FE y de las JONS surgido en marzo de 1934 al fusionarse la FE de José Antonio Primo de Rivera y de las JONS de Ramiro Ledesma. De hecho, la palabra “fascismo” jamás se mencionó en la obra de Maeztu, ni éste expresó su opinión sobre la

civilización alemana, encarnada desde enero de 1933 en el totalitarismo nacionalsocialista. Tal vez, en las omisiones de Ramiro de Maeztu influyeran acontecimientos de naturaleza nacional e internacional. De hecho, acerca del fascismo, ya a partir de 1931 se había hecho cada vez más evidente el giro populista y totalitario del régimen de Mussolini, concretándose en un progresivo recrudecimiento de la polémica con la Iglesia sobre el papel de la Acción Católica en la sociedad italiana (De Felice: 1974: 148; Gentile, 2013: 206-324). Sobre el nazismo, el silencio de Maeztu era debido a la concepción positivista y biologicista del racismo ario alemán que, según él, se había encarnado en una nación luterana en la que una filosofía excluyente y supersticiosa negaba el providencialismo católico (Mosse, 2005). En cuanto a la ausencia de referencias a la Falange, quizás pueda explicarla la radicalización progresiva del discurso de José Antonio que, desde 1935, se concretó en la adopción de un tono más social y en una hostilidad patente hacia el capitalismo financiero y la oligarquía económica (Tomás, 2019: 63-122; Maurel, 2005: 133-163).

En tal coyuntura, en la desconfianza de Ramiro de Maeztu intervino también Eugenio Montes, quien, aludiendo a Onésimo Redondo (1932), declaró temer que “el renacimiento patriótico pudiese asumir orientaciones gibelinas a causa de ciertos falsos güelfos, igualmente ajenos a las grandes tradiciones de la Iglesia y a las gloriosas tradiciones patrias” (Montes, 1934: 8). Montes insistía también en que mientras en Alemania y en Italia el Estado moderno había nacido contra la Iglesia, España se mantuvo inmune a los nacionalismos herejes prosperados en Europa. Según él, en Italia la genialidad política de Mussolini había permitido al fascismo olvidar su índole anticatólica y anticlerical, aunque el encuentro del fascismo y la Iglesia no era perfecto. Distinto era el caso de España, “esposa de Cristo, cuya historia era en el sentido más ambicioso historia eclesiástica” (Montes, 1934: 10-13). Diferente había sido la postura de la Falange de preguerra hacia el fascismo, siendo interesante la declaración que, el 14 de agosto de 1934, José Antonio hizo al diario *Luz* de Madrid sobre las profundas diferencias entre el fascismo y el nazismo:

El hitlerismo no es fascismo. Es antifascismo, la contrafigura del fascismo. El hitlerismo es la última consecuencia de la democracia, una expresión turbulenta del romanticismo alemán. En cambio, Mussolini es el clasicismo con sus jerarquías, sus escuelas y, por encima de todo, la razón (Del Río Cisneros, 1968: 312; Imatz, 2003: 225).

Según José Antonio, no se podía confundir el nazismo alemán, romántico, racista, anti-universal y nacido del pueblo que la Reforma protestante había puesto en marcha con el movimiento mussoliniano, que era, como Roma —la imperial y pontificia—, universal por esencia, es decir católico. Sin embargo, el alzamiento militar de julio de 1936 y la Guerra Civil, conducida con la imprescindible ayuda económica y militar de Italia y Alemania, favorecieron un inevitable y forzado proceso convergente de las heterogéneas facciones de los sublevados (Gallego, 2014: 405). Por supuesto, también los exponentes del nacionalcatolicismo confluyeron en el nuevo partido de la FET y de las JONS, lo cual determinó para siempre la evolución del régimen. Éste ya no sería fascista, porque el partido “fascista” había quedado definitivamente subordinado al Estado, y, aunque en Italia también el PNF se subordinó al Estado, Mussolini, sin embargo, era, al mismo tiempo, *Duce* y jefe del partido; en España, en cambio, la Falange, huérfana de su líder desde finales de 1936, fue objeto de una apropiación por parte de un militar ultraconservador —hasta entonces no falangista— que se había encumbrado hasta Jefe de Estado y Caudillo victorioso. Lo cual, como sostiene Ismael Saz Campos, no implicaba la desaparición del fascismo. Primero, porque, como instrumento político, hacía falta un partido de masas, y, en este sentido, el nuevo partido unificado acabó por entregarse a los falangistas en detrimento de los carlistas. Segundo,

porque la retórica de la nueva entidad fue puramente fascista (Saz Campos, 2013: 48). Y tercero, porque, a raíz de los éxitos internacionales de los totalitarismos italiano y alemán, el franquismo se embarcó en un proceso de *fascistización* que a muchos pareció imparable (Viñas, 2007: 45).

Es más, en el contexto de la Guerra Civil, el futuro estaba por decidirse, y nada parecía pronosticar un rápido ocaso de las dictaduras fascistas. Una demostración clara de esta *fascistización* táctica del nacionalcatolicismo la encontramos en José María Pemán: en un llamamiento radiofónico el 26 de agosto de 1936 a los obreros de Sevilla, mencionado el día siguiente en el diario monárquico *ABC*, hizo su intervención con evocaciones ledesmianas:

Obreros que me escucháis en cualquier parte, vamos a hablar un momento con el corazón en mano. Para salvaros de todo esto ha venido el Movimiento Nacional, que, por serlo, es movimiento popular, ni de izquierdas, ni de derechas, porque quiere que ambos se unan al movimiento y le sostengan. Hay que unir estos dos frentes, lo nacional y lo social, para obtener el equilibrio. (Pemán, *ABC*: 26-08-1936).

Sin embargo, la tenue conversión provisional de Pemán a los valores falangistas la podemos detectar en una obra redactada por él mismo en 1939, *La historia de España contada con sencillez*. En ella, después del *Anschluss* y en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el intelectual nacional-católico realizaba una apología de los valores eternos de España, justificando históricamente la superioridad de la boina roja sobre la camisa azul y alabando el arrojo del general Zumalacárregui en la primera Guerra Carlista frente a los *liberales cristinos* (Pemán, 1939: 398).

3. QUÉ ES LO NUEVO Y LA ADAPTACIÓN DE LOS PRINCIPIOS ETERNOS DEL SIGLO XVI AL RITMO VITAL HISTÓRICO CONTEMPORÁNEO

Un año antes de que Pemán redactase su *Historia de España escrita con sencillez*, otro intelectual de *Acción Española* y alto cargo del ministerio de Educación Nacional, José Pemartín, componía *Qué es lo nuevo, Consideraciones sobre el momento español presente*. Podemos considerar a Pemartín el exponente más notable de un conservadurismo tradicionalista que intentó conciliar pragmáticamente su ideario nacional-católico con la ideología falangista y con el ultranacionalismo fascista. En 1938, coincidiendo con la primera edición de su obra, Pemartín concebía el mundo dividido en dos bandos contendientes: el de las potencias fascistas y el comunista encabezado por Moscú, por lo que no cabía espacio alguno para terceras opciones, se tratase del liberalismo o de la socialdemocracia (Pemartín, 1938: 115). Por tanto, anunciaba por dónde iría el futuro, comportándose consecuentemente. Al respecto, el 19 de febrero de 1938, en un acto tenido en San Sebastián, se distinguió por ser uno de los miembros fundadores de la influyente *Asociación de Amigos de Alemania*. En la introducción de su obra, Pemartín afirmaba que también en España “el anhelo de lo nuevo estaba iluminando, cual luz de amanecer, el comienzo de la naciente etapa” (Pemartín, 1938: 5). Sin embargo, Pemartín distinguía lo “nuevo negativo”, surgido de la herejía luterana, continuado con la utopía rousseauiana y culminado con la esclavitud del industrialismo taylorista, de lo “nuevo primordial”, encarnado por el glorioso movimiento religioso-militar que estaba salvando España de las hordas soviéticas. A este respecto citaba a Oswald Spengler (1923), para quien “la civilización había sido salvada en última instancia por un pelotón de soldados al mando de un oficial” (Pemartín, 1938: 17). En España, estos soldados se habían convertido en los “cien Alféreces de Santiago” (Pemartín, 1938: 17). Exaltaba la producción intelectual del pensador alemán Spengler —con particular referencia a *La decadencia de Occidente y Años decisivos*—, por haber profetiza-

do el surgimiento de los Caudillajes en reacción a la decadencia de la civilización occidental cinco años antes de que Mussolini llegara al poder, diecisiete antes que Hitler y veintiuno antes que Franco. Además, Spengler había destacado que los cimientos perdurables de un gran futuro podían ser asentados en la acción continua de las grandes tradiciones. Pero Pemartín le reprochaba alguna incompreensión de la historia España y su escepticismo morfológico: “contra las blasfemias de Nietzsche y el escepticismo pesimista de Spengler surge la verdadera, la genuina interpretación española de la Ciudad de Dios. La política católica de Felipe II” (Pemartín, 1938: 401).

En opinión del intelectual jerezano, el nuevo primordial tenía sus raíces en las tres virtudes militares de la abnegación, la disciplina y el honor, y se había manifestado con Carlos V en Mühlberg, con Soto y Laínez en Trento, con Castaños en Bailén y, finalmente, con Mola en Guadarrama y Moscardó en Toledo (Pemartín, 1938: 24). Sin embargo, eso nuevo, encarnándose en la historia, tenía que traspasar su esencia sobrehumana de idealismo de su fase espiritual a un nuevo estadio institucional y constructor. Este proceso determinaría la transformación del “nuevo primordial” en lo “nuevo racional”, que se concluiría con la constitución del Estado Nuevo. De hecho, según Pemartín, la historia, como el espíritu, “era desarrollo continuo y creador del pasado, que, con la punta viva de la acción presente, rompía y penetraba en el porvenir”. Por lo tanto, ser en la historia “era crear porvenir; pero no de la nada, sino del pasado” (Pemartín, 1938: 27). En su esquema mental, pues, la verdad católica, en confluencia con la intervención de la Divina Providencia en la historia del mundo, formaría la “verdad realista circunstancial” (Pemartín, 1938: 29). Y esta última se uniría con lo concreto geográfico de su determinación espacial, esto es, el Mediterráneo. Según él, era necesario que el Mediterráneo, cuna de la civilización mundial, se aprestara para una nueva “catolización” de Alemania y “una segunda inmersión de las cabezas rubias en sus aguas cristianizadoras” (Pemartín, 1938: 31). Por tanto, el jerezano auspiciaba una nueva formidable expansión de Alemania que propiciaría la constitución de un nuevo Sacro Imperio Romano Germánico:

Y a este Imperio Romano, a Italia, a España, a Portugal y también a Francia, una vez convertida, toca tenerle presto de nuevo a las orillas del Mediterráneo, para el nuevo bautismo de Germania, bautismo de sangre y de cristianismo. Sobre las ruinas de la Europa apóstata, Italia, España, Portugal y Francia han de rehacer una nueva y potente latinidad católica” (Pemartín, 1938: 32-33).

Así, pues, la verdad histórica providencialista que regía la historia del mundo propiciaría la derrota de las potencias bolcheviques y anticristianas a manos de la pagana potencia alemana para, luego, convertir el régimen hitleriano al autoritarismo católico, tradicionalista y monárquico. En este sentido, la reciente incorporación de la católica Austria al Reich Alemán constituía, a juicio de Pemartín, una providencial coyuntura. Otorgaba a la poderosa Alemania de Hitler la tarea de encabezar el frente latino-germano contra las democracias anglosajonas y el comunismo soviético, reconociéndole su indiscutible liderazgo político, económico y social. Sin embargo, matizaba que el magisterio cultural y religioso de ese nuevo Sacro Imperio Romano Germánico correspondía a España, heredera legítima y perfecta representante del cristianismo europeo brotado de la unidad moral de la Edad Media y de su sustancialidad histórica religioso-militar (Pemartín, 1938: 40-41). En este sentido destacaba que, mientras que Italia y Alemania fueron las nacionalidades últimas formadas en Europa (1870), España era ya nacional bajo Fernando e Isabel, cuando las otras naciones europeas eran todavía conglomerados feudales. Por tanto, según el pensador jerezano, la nacionalidad española no tenía hoy “necesidad de formarse, sino de rejuvenecerse”

(Pemartín, 1938: 40-41). Era una tesis muy similar a la expresada por Antonio Tovar en *El Imperio de España*:

La Nueva Catolicidad está a punto de cubrir con el fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán y el nuevo Estado en España y Portugal, el suelo todo del Imperio de Carlos V. En el cual supo España tomar su puesto. Como sabrá tomarle ahora de nuevo, en el mundo de hoy. La FET y de las JONS se encarga de ello (Tovar, 1941: 72-73).

Pemartín continuaba su análisis destacando que, en Europa, los fascismos habían nacido como reacción a la decadencia cultural, económica y política, asumiendo una doble cara: por un lado, estaban sus formas hegelianas y racionalistas; y, por otro, su vigorosa reacción histórica contra el igualitarismo nivelador y democrático y su renovación cultural y civilizadora (Pemartín, 1938: 57-58). De hecho, según él, había una parcial comunidad ideológica entre el comunismo y el fascismo, ya que era Hegel su padre común. En este sentido, Pemartín citaba la doctrina del fascismo de Mussolini y del filósofo Giovanni Gentile, según la cual la nación se originaba por el Estado, que daba al pueblo una voluntad unitaria y, por consiguiente, una efectiva existencia (Gentile, Mussolini, 1932: 17-18). Es más, según Gentile, el Estado no se colocaba *inter-homines*, sino *intra-homine*, constituyendo, así, la realización máxima del individuo. Según el idealista Gentile, el Estado poseía un carácter divino, absoluto e ilimitado (Gentile, 1929: 44-45). Pemartín, en cambio, discrepaba de este absolutismo de Estado, dando la primacía al concepto de nación como totalidad cultural preexistente al Estado: “Nosotros no podemos confundir la nación y el Estado. La nación es una totalidad cultural concretada alrededor de un hecho histórico subsistente. El Estado es solamente una parte de esa totalidad: su organización jurídica” (Pemartín, 1938: 57).

A pesar de la doctrina oficial, el fascismo no era monolítico, pues, como el franquismo, albergaba corrientes ideológicas que pugnaban internamente por orientar el rumbo del régimen y dotarlo de una doctrina homogénea y coherente. Estas consideraciones de Pemartín las compartían los intelectuales anti-hegelianos y anti-idealistas del fascismo. Esta corriente, que podríamos definir “nacional-católica”, intentó hegemonizar, sin conseguirlo, la cultura fascista a partir de 1929, coincidiendo con los Pactos Lateranenses. Al respecto, como ha destacado Renato Moro, los católicos se transformaban en una corriente del régimen que buscaba cristianizar definitivamente el fascismo y realizar el modelo de un Estado Católico y Nacional. El fin último de los “nacional-católicos fascistas” era condicionar el Estado fascista desde dentro (Moro, 2004: 128). Uno de los exponentes de tal corriente era el diario mensual católico *Il Frontespizio*, fundado en Florencia en 1929 por Giuseppe De Luca y Giovanni Papini (De Luca, 1934: 12). Otra revista filo-católica, antigentiliana y antimoderna fue *La Sapienza*, fundada en Roma en enero de 1933 por Gastone Silvano Spinetti, un joven graduado en Derecho afiliado a la Juventud Universitaria Fascista de la capital. Citando a Tomás de Aquino, proponía la instauración de un orden católico que se opusiera al desenfundado inmanentismo de los años veinte (Spinetti, 1933: 19).

Entre los filósofos católicos destacaba la posición de Francesco Orestano, ferviente fascista y conocido ideólogo realista que, en 1931, se convirtió en presidente de la Sociedad Filosófica Italiana. Según él, el fascismo había contrapuesto a la Ilustración, al liberalismo y al materialismo histórico la re-consagración política del ideal religioso, cristiano y católico sancionado por la firma del Concordato con la Iglesia Católica (Orestano, 1939: 4). En su opinión, la característica más significativa de la doctrina fascista era la síntesis de tradición y revolución, de reforma total y, al mismo tiempo, conservación y continuidad del Estado (Orestano, 1939: 15; Tarquini, 2009: 226-228).

De la misma manera, Pemartín subrayaba que el nuevo Estado franquista debía fundarse en los principios del tradicionalismo, considerando la encarnación de la sustancialidad histórica de España. Pero, a la vez, tales principios, adaptados a un lugar y un tiempo concretos, tenían que enmarcarse en una dimensión “técnica”, misión ésta de la Falange: “la Falange ha de ser en España la *técnica del tradicionalismo*” (Pemartín 1938: 65). De todo esto se desprendía que lo “Nuevo Español” sería la fusión de lo nacional —sustancialidad religioso-política del tradicionalismo— y lo estatal —totalitarismo jurídico de la Falange— (Pemartín, 1938: 64).

Por otra parte, según Pemartín, aun poseyendo una raíz común hegeliana y racionalista, entre el fascismo y el comunismo había una diferencia abismal. De hecho, parafraseando a Scheler, aseveraba que, mientras que el marxismo, quemado por un monstruoso resentimiento, se había secado en violenta rigidez inhumana, el fascismo, encontrando regeneración en lo hondo del pasado histórico y cristiano de Occidente, había espiritualizado su alma, brotando impregnado de “voluntad positiva” (Pemartín, 1938: 96-100; Scheler, 1936:). Pemartín, al respecto, citaba a Eugenio Montes según el cual, “Hitler, para separar a las masas del socialismo alemán, comenzó a cantarles una canción con la misma música, pero con la letra al revés” (Pemartín, 1938: 102). Y, a renglón seguido, recordaba esta afirmación de Mussolini:

El fascismo es una concepción histórica, en la cual el hombre es solo función del proceso espiritual en que interviene, en el grupo familiar y social, en nación y en la historia, a la cual todas las naciones colaboran. De aquí el gran valor de la tradición en las memorias, en el idioma, en las costumbres, en las normas de la vida social. Fuera de la historia, el hombre se anula (Mussolini, 1932: 15; Rocco, 1925: 298-306).

De este dualismo, argumentaba Pemartín, resultaba la necesidad de acentuar todo lo posible la tendencia histórica y espiritualista del fascismo, nacionalizando el Estado y adoptando una orientación política “personalista e intensiva”, en detrimento de una organización estatal anónima y extensiva. Había que primar el fascismo intensivo, es decir, “lo cualitativo, lo concentrado, lo sintético, lo temporal y lo histórico”, contrapuesto a lo extensivo, sinónimo de “lo cuantitativo, lo numérico, lo analítico, lo espacial y lo momentáneo” (Pemartín, 1938: 151). En suma, “había que devolver al ser humano, estandarizado por la vida moderna, su personalidad” (Ibídem: 156), por lo que era imprescindible orientar el fascismo español hacia el fascismo intensivo, resultado de la ecuación nación-personificación, favorecedora de la libertad creadora e iniciativa personal, limitando en lo posible el fascismo extensivo y su degeneración en una hipertrofia e irresponsabilidad burocrático-estatal.

El fascismo intensivo histórico español coincidía con un “fascismo católico estilo siglo XVI”. Por tanto, no se podía ser nacionalista español sin ser “católico siglo XVI”. En su construcción ideológica, Pemartín sostenía que, en España, el fascismo fue anterior en cuatro siglos al fascismo italiano y al nacionalsocialismo alemán (Pemartín, 1938: 70). También para Eugenio Vegas Latapie, gracias a la compenetración de catolicismo y monarquía, trono y altar, el siglo XVI español habría anticipado y superado lo que había de admirable en el fascismo contemporáneo (Vegas Latapie, 1936: 356-359).

Pero, Pemartín, aunque intentase llevar el fascismo a las aguas del tradicionalismo católico, por otra parte, confirmaba, paradójicamente, lo que había sostenido Ramiro Ledesma en su *Fascismo en España* sobre el carácter, a la vez, nacional y universal del fenómeno fascista. Nacional por identificarse con el soporte histórico procedente de las peculiaridades de cada país; universal por ser un concepto que plasmaba una actitud mundial y una amplísima coincidencia en cómo acercarse al hombre del siglo XX y a las cuestiones

políticas, económicas y sociales más importantes (Ledesma Ramos, 1935: 35-47; Gallego 2005: 253-447).

Pemartín, apoyándose en la complementación del fascismo extensivo y del fascismo histórico y en la teoría de un fascismo contemporáneamente nacional y ecuménico, desmentía la tradicional tesis nacional-católica de la raíz exclusivamente estatista y pagana del fascismo y justificaba la misión salvadora de Italia y Alemania. De hecho, en esa fase histórica, el objetivo político concreto era restar importancia a las diferencias culturales entre los tres regímenes y ensalzar los muchos elementos comunes. En este sentido, subrayaba que a la ideología hegeliana subyacente al fascismo había incorporado la poderosa corriente histórica italiana, aceptando y agregando a su sistema, primero, la Monarquía, y, después, la Religión Católica mediante el célebre tratado de Letrán. De la misma manera, Mussolini había integrado toda la tradición social, cultural y familiar italiana, dotándola de una economía dirigida que, sin embargo, respetaba las formas tradicionales de la economía de Occidente (Pemartín, 1938: 59). Por lo que concernía a Alemania, Pemartín juzgaba compatible el providencialismo católico de España con el legendario espíritu nacional, racial y de estirpe cristiano-europea alemán:

Quando en la gloriosa guerra redentora que la valiente Alemania se verá obligada a emprender contra Rusia, las invencibles legiones de Hitler arrollen a la horda mongólica bolchevique, lo que harán esos bravos soldados de Alemania es terminar aquella batalla de Mühlberg, comenzada, hace justamente cuatro siglos, por España. Pero terminarla del buen lado. Poniéndose al lado del César Carlos V, que tal vez despertado de su huesa por los cañonazos del Escorial, vaya a vagar, por las llanuras heladas del Niemen, entre sus modernos Reitres alemanes [...] La magnífica Carta Pastoral de los Obispos católicos alemanes contra el comunismo, pudo significar un principio de aproximación Germano-Católico (Pemartín, 1938: 42-43).

De esta manera, Pemartín contribuía a legitimar el régimen nazi en vísperas de la probable lucha contra el común enemigo liberal, demócrata y marxista y la creación de un nuevo orden mundial catolizado y autoritario en el que la España franquista quería ejercer un papel de protagonista. Y también en España, según él, este programa de catolización total no se podía conseguir sin una acción decidida contra las sectas anticatólicas, es decir, la masonería y el judaísmo, “los dos grandes y poderosos enemigos de los fascismos y de la regeneración de Europa; más aún, específicamente de la regeneración de España en el sentido totalmente católico que preconizamos” (Pemartín, 1938: 408-409). Sin embargo, la gran diferencia entre la postura del nazismo y la de Pemartín consistía en que el racismo hitleriano era biologicista, mientras que Pemartín, siguiendo la huella de Ramiro de Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad*, circunscribía su antijudaísmo a la vertiente política y espiritual.

Estas reflexiones del intelectual jerezano nos conducen al capítulo relativo a la política exterior y al fascismo internacional. Ahora bien, Pemartín dividía el mundo fascista en cinco círculos: los de la civilización primaria, de la civilización cristiana, de la cultura latina, de los nacionalismos y de los intereses políticos. En el primer círculo, el autor integraba no sólo Italia, España, Alemania y Portugal, sino también Japón. El enemigo común de los estados civilizados sería la bestia materialista e inhumana del bolchevismo, ideología que se basaba en el goce momentáneo y en el menosprecio hacia la historia patria. En este sentido, Pemartín alababa el Japón por poseer la abnegación idealista y el espiritualismo que hacían grandes a las naciones; además, subrayaba el culto a los antepasados del imperio japonés, el heroísmo de los japoneses y el culto religioso al Emperador (Pemartín, 1938: 123-124). El segundo círculo comprendía los países del Imperio de Carlos V, mencionando paradó-

jicamente también Polonia, que, persiguiendo a judíos y comunistas, parecía entenderse bien con Alemania. El círculo de la cultura latina hacía de enlace entre la latinidad y el germanismo, permitiendo la conjunción de lo universal histórico con lo temporal-circunstancial, pues, en opinión del jerezano, la cultura latina involucraba cronológicamente la idealista y abstracta civilización helénica, la realista y constructora civilización romana, el magnífico impulso del cristianismo romano-germánico y, finalmente, la maravillosa cultura Hispánica, al constituir “una purificación de la cultura latina más allá del incendio paganizante del Renacimiento” (Pemartín, 1938: 128). Por tanto, Pemartín, sin cesar de criticar el internacionalismo izquierdista, calificaba el internacionalismo fascista como el único positivo, ya que era “una integración de matices diferenciales en una misma raíz común” (Pemartín, 1938: 77). El autor arremetía también contra aquellos falsos católicos:

Que, maleados por el largo contacto con las doctrinas políticas de la revolución —estilo Maritain o Mauriac—, perdidos, ahogados en una Europa cuantitativa y apóstata, cegados también por el chauvinismo francés, rechacen la política católico-española de Felipe II, la última política de gran estilo de Europa (Pemartín, 1938: 398-399).

En este sentido, la política exterior española debía tratar de superar antagonismos y fomentar alianzas en el mundo fascista, facilitando la entrada en él de aquellas naciones aún esclavizadas por el virus liberal-demócrata, protestante y revolucionario. Finalmente, Pemartín, analizando la circunstancia internacional concreta, auspiciaba una política de hidalguía en apoyo a los Estados que estaban ayudando al bando nacional: Alemania, Italia y Portugal, a las que “si se vieran agredidas o sojuzgadas por la demagogia masónica de otros países, o por los imperialismos satisfechos o egoístas de las llamadas naciones ricas, la España cristiana se sentirá obligada a ayudar [...] Y esto no se puede conseguir en un mundo descristianizado más que siendo fuerte” (Pemartín, 1938: 78-79; Cuenca Toribio, 2008).

Para conseguir esta indispensable fortaleza, Pemartín respaldaba un aumento del gasto militar hasta lograr la cifra de 1/3 del PIB de España (Tuñón de Lara, 1993: 80-90). Sin embargo, a la altura de 1938, Pemartín estaba erróneamente convencido de que la guerra europea podía estallar más por causa del agresivo imperialismo ruso bolchevique que por una acción de fuerza alemana contra un Estado confinante. E indicaba, en el peligroso pacto franco-soviético, la herramienta que podía arrastrar a todas las potencias occidentales a un conflicto mundial. En este sentido, el intelectual jerezano, contrariamente a los falangistas proclives a la guerra, auspiciaba la ruptura del pacto franco-soviético por parte de Francia, y, consecuentemente, abogaba por la constitución de un gran pacto locarniano occidental impulsado por la “valiente sinceridad diplomática de Alemania” (Pemartín, 1938: 135).

4. CONCLUSIONES: EL CAUDILLO COMO HACEDOR DE REYES Y LAS COINCIDENCIAS DE LA HISTORIA

El último capítulo del libro de José Pemartín se titula “La organización de la historia”, en el que hace hincapié en que el caudillaje de Francisco Franco representaba la encarnación, en lo temporal y en lo espiritual, de la política imperial y católica de Felipe II. En Pemartín, la apoteosis era un tipo de sociedad en la que se conjugaban los rígidos criterios de un poder ejercido por una monarquía fascista católica y militar, con la integración del proletariado en el Estado, a cambio de la concesión de algunas ventajas materiales. En este sentido, según él, los fascismos europeos habían conseguido salvar la civilización occidental del hundimiento vaticinado por Oswald Spengler, siendo la España de Franco la que “creía

en Europa contra la decadencia de la misma Europa” (Pemartín, 1938: 403). Pues, en un último análisis, el autor concluía que “Lo nuevo” consistía en un “ir al fondo de las cosas”, aplicando aquel fascismo intensivo, a la vez nacional y universal, que era el patrimonio común de la Alemania hitleriana, de la Italia mussoliniana y de la España franquista.

En apoyo a las consideraciones de López Aranguren (1996: 32), para quien *Qué es lo nuevo* fue lo más vaticinador que se escribió en aquel momento, podemos afirmar que Franco y Pemartín fueron los más cercanos a la Alemania nazi entre los *fascistizados* españoles no falangistas. De hecho, según Paul Preston, Franco no era fascista, pero no por eso dejaba de apreciar aspectos importantes del fascismo, de experimentar la tentación fascista y de demostrar una admiración empedernida hacia Hitler. En este sentido, basta recordar la efusiva carta que Franco remitió a Hitler el 3 de junio de 1940 para felicitarle por la victoria en la batalla de Francia (Preston, 1994: 444). Del mismo modo, Pemartín, elogiando al Führer, destacaba su simpatía hacia la monarquía y su capacidad de individuar históricamente las fuentes incontaminadas de la nación alemana (Pemartín, 1938: 104-105).

También, en el bando franquista, la cuestión de la naturaleza del caudillaje, de su consistencia jurídica y de su relación con la monarquía eran los temas que suscitaban más controversias. (Conde, 1942: 9-49; Del Valle Pascual, 1942: 180-240). Como ha destacado Ismael Saz Campos, según Pemartín, el caudillaje era una monarquía circunstancial y excepcional frente a la estabilidad de la monarquía real, ya que el caudillo “surgía de la circunstancia crítica en lo concreto de una gran crisis” (Pemartín, 1938: 90). A este propósito, el autor subrayaba que el caudillo hacía la historia, mientras la institución real era la historia: el primero simbolizaba la intensidad, pero la segunda representaba la duración, pues la evolución histórica consistía en pasar del “Devenir al Ser”, es decir, en volver a instaurar la monarquía tradicional (Saz Campos, 2013: 120). No obstante, en la construcción teórica de Pemartín no hay que subestimar tampoco la otra cara de la moneda. De hecho, el pensador franquista suscribía las palabras que el caudillo había pronunciado en la entrevista concedida en julio de 1937 al Marqués de Luca de Tena:

Si el momento de la Restauración llegara, la nueva Monarquía tendría que ser desde luego muy distinta de la que cayó el 14 de abril de 1931: distinta y diferente en el contenido y, aunque nos duela a muchos, pero hay que atenerse a la realidad, hasta en la persona que la encarna. Pero ahora no cabe pensar más que en terminar la guerra; luego habrá que liquidarla; después construir el Estado sobre bases firmes [...] Entretanto yo no puedo ser un poder interino. (Pemartín, 1938: 112-113).

Por lo tanto, el caudillo representaba España y encarnaba su destino histórico en la coyuntura decisiva de la Guerra Civil (Moradiellos, 2016: 57-96). De aquí que, en opinión de Pemartín, su acción era definitiva, es decir la que moldeaba y construía totalmente la Historia. En tal sentido, “la acción de Franco era el destino; o sea para los católicos la acción providencial de Dios en la historia: *Gesta Dei* por Franco” (Pemartín, 1938: 415). Consecuentemente, en los sucesivos periodos del fascismo español la personalidad del Generalísimo los había de llenar como Caudillo-Regente, Caudillo-Canciller y Canciller. En última instancia, pues, Franco debía también desarrollar la fundamental función de “hacedor de Reyes”.

Ahora bien, describiendo la fase fascista del Estado español, es posible que Pemartín se viera influenciado por el ejemplo de Italia, país donde, según él, la vitalidad nueva del *fascio* se había conjugado maravillosamente con el monarquismo histórico gracias al genio político de Mussolini. Esto pese a ignorar que Mussolini durante la Guerra Civil había avisado a Franco de los peligros de la diarquía, aconsejándole no restaurar la Monarquía para no mermar su autoridad. Sin embargo, en el modelo italiano el poder sustancial estaba en

manos del dictador, y el rey, a pesar de conservar la función de Jefe de Estado, había delegado en el Duce, incluso, el mando de las Fuerzas Armadas. Además, a esas alturas de los acontecimientos, y con el fascismo boyante, Pemartín no indicaba una fecha temporal y una cronología exacta para el tránsito del Caudillaje a la Monarquía. Y a eso se refería cuando, respaldando la posición de Franco, acataba la frase “mientras tanto yo no puedo ser un poder interino”. (Pemartín, 1938: 112). Y tampoco mencionaba claramente el nombre del posible rey de la restauración, ya que, contrariamente a los deseos de los militares monárquicos anglófilos, la posición expresada en *Qué es lo nuevo* era intencionadamente más matizada y sus declaraciones más ambiguas.

Volviendo a la comparación con el caso italiano, podemos afirmar que, debido a las circunstancias cambiantes del devenir histórico, Mussolini fue en Italia el Duce —depositario del poder efectivo— de un Estado formalmente monárquico en el que Víctor Emanuel ejercía el papel de Rey de Italia, de Albania y Emperador de Etiopía. En España, Franco fue, hasta 1947, el Caudillo invicto y, “después, hacedor de Reyes” de una Monarquía sin Rey. De hecho, como había afirmado Franco en la famosa entrevista de 1937, la institucionalización del Régimen se produjo a partir de 1942 con la promulgación de la ley constitutiva de las Cortes. Luego continuó con la ley de sucesión al cargo de Jefe de Estado del 26 de julio de 1947, con la que se garantizaba una transición pacífica de la dictadura a una Monarquía autoritaria en un futuro lejano, cuanto más tarde posible, al renunciar Franco a sus poderes supremos (Fusi Aizpúrua, 1986: 92-110). De hecho, en la segunda etapa de la dictadura franquista, resultó evidente a todos lo que Pemartín había redactado ya en 1938, es decir, que el Caudillaje era un fenómeno político irrepetible, e inevitablemente limitado en el tiempo. Pero se evidenció también que el retorno de la Monarquía no hubiera podido evocar ninguna legitimidad histórica, de origen y hereditaria, pues no se trataría de una restauración, sino de la instauración de una Monarquía autoritaria bajo el *imprimatur* franquista, necesaria ante el hecho de que el Caudillo no era eterno, cuestión del todo detallada en el artículo 13 de la mencionada ley de sucesión (Casali, 1995: 403). Conforme a ella, Franco podía elegir cualquier persona entre las de linaje real, a condición de que el designado fuese de sexo masculino, español y católico, y, sobre todo, jurase fidelidad a los principios del Movimiento Nacional. Por tanto, los descendientes de Alfonso XIII retornarían al trono de España, pero lo harían respetando el marco temporal y las restricciones que había impuesto Franco. Quizás se puede decir que, con su exaltación de la “Monarquía circunstancial”, y aunque imaginando un contexto internacional y nacional diferentes, Pemartín había, casualmente, anticipado la postura de los continuistas de los años sesenta, es decir “Después de Franco, las instituciones” (Luca de Tena, *ABC*: 9 de junio de 1967; Casals, 2016). En otras palabras, un monarca en la cúspide del Estado, limitado por los órganos institucionales del Régimen, y coadyuvado por un Presidente de Gobierno, el “Canciller” al que apelaba José Pemartín.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Junco, J. (2017), *Dioses útiles, Naciones y nacionalismos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- (2017), *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- Aranguren López, J. L. (1996), *Moral, Sociología y política I*, Madrid, Trotta.
- Balmes, J. (1840) [1975], *Consideraciones políticas sobre la situación de España*. Madrid, Doncel.
- (1842) [2019], *El protestantismo comparado con el catolicismo. I: En su relación con la civilización europea*, Londres, Independently published.

- Beneyto Pérez, J. (1939), *El nuevo Estado español. El régimen nacionalsindicalista ante la tradición*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1939), *Genio y figura del Movimiento*, Madrid, Ediciones Afrodisio Aguado.
- Blinkhorn, M. (1990), *Fascists and conservatives. The Radical Right and the Establishment in Twentieth Century Europe*, Londres, Routledge Edition.
- Botti, A. (2008), *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Editorial.
- Box Varela, Z. (2013), *El nacionalismo durante el franquismo*, en A. Morales Moya, J. P. Fusi Aizpurúa y A. de Blas Guerrero (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 904-913.
- (2010), *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- Casali, L. (1995), *Fascismi: partito, società e Stato nei documenti del fascismo, del nazionalsocialismo e del franchismo*, Bologna, Clueb.
- Casals, X. (2016), *La transición española: el voto ignorado de las armas*, Barcelona, Pasado & Presente.
- Castro Sánchez, Á. (2018), *La utopía reaccionaria de José Pemartí (1888-1954). Una historia genética de la derecha española*, Cádiz, Servicio de publicaciones de la universidad de Cádiz.
- (2014), *Ontología del tiempo y nacionalcatolicismo en José Pemartín y Sanjuán (1888-1954). Genealogía de un pensador reaccionario*, Madrid, UNED.
- Conde García, F. J. (1942), *Contribución a la doctrina del caudillaje*, Madrid, Ediciones de la vicesecretaría de Educación Popular.
- Cuenca Toribio, J. M. (2008), *Nacionalismo, Franquismo y Nacional-catolicismo*, Madrid, Actas.
- Di Febo, G. (2004), *La Cruzada y la politización de lo sagrado. Un Caudillo providencial*, en J. Tusell, E. Gentile, G. Di Febo. (2015): *Fascismo y Franquismo, cara a cara: una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- D'Ors, E. (1943): *La civilización en la historia*, Madrid, Ediciones Españolas.
- Felice, R. de. (1974), *Mussolini il Duce, I, Gli anni del consenso*, Turín, Einaudi.
- Fusi, Aizpurúa, J. P. (1986), *Franco*. Madrid, Ediciones El País.
- Gallego, F. (2014), *El Evangelio fascista*, Barcelona, Crítica.
- (2005), *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, en F. Gallego y F. Morente, *Fascismo en España*, Barcelona, El Viejo Topo.
- García Morente, M. (1938), *Idea de la hispanidad*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Gentile, E. (2010), *Contro Cesare: Cristianesimo e totalitarismo nell'epoca dei fascismi*, Roma, Laterza.
- (2013), *Fascismo. Storia e interpretazione*, Roma, Laterza.
- (2009), *Il culto del littorio*, Roma, Laterza.
- Gentile, G. (1929), *Origine e dottrina del fascismo*, Roma, Libreria del Littorio.
- Giménez Caballero, E. (1938), *España y Franco*, Cegama, Ediciones "Los combatientes", Fascículo doctrinal Fe y Acción.
- (1934), *Genio de España*, Madrid, Doncel.
- González Cuevas, F. (1998), *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos.
- Griffin R. (2007), *Modernism and Fascism. The sense of a beginning under Mussolini and Hitler*, Palgrave, Macmillan.
- (1993), *The nature of fascism*, Londres, Routledge.

- Hegel, F. (1807) [2020], *Fenomenología del espíritu*, Leicester, Independently Published.
- (1837) [2007], *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Imatz, A. (2003), *José Antonio. Falange Española y el nacionalsindicalismo*, Madrid, Plataforma.
- Juliá, S. (2015), *Historias de las dos España*, Madrid, Taurus.
- Laín Entralgo, P. (1941), *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, Madrid, Aguirre.
- Ledesma Ramos, R. (1939), *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, Ediciones Fe.
- (1935) [2017], *¿Fascismo en España? Sus orígenes, su desarrollo, sus hombres*, Almuzara, Edición Almuzara.
- Luca, G. de (1934), *Idee chiare, Il Frontespizio*, 4.
- Maeztu, R. de (1934) [2018], *Defensa de la hispanidad*, Londres, Amazon.
- (1975), *El sentido reverencial del dinero*, Madrid, Editora Nacional.
- (1927), *La magia del orden*, La Nación, Madrid.
- Maurel, M. (2005), *Un asunto de fe: Fascismo en España (1933-1936)*, en F. Gallego y F. Morente, *Fascismo en España*, Madrid, El Viejo Topo.
- Menéndez y Pelayo, M. (1882) [2001], *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Montes, E. (1934), *Discurso a la catolicidad española*, *Acción Española*, IV, 50.
- Moradiellos, E. (2016), *Las caras de Franco. Una revisión histórica del Caudillo y su régimen*, Madrid, Siglo XXI de España Editores.
- Morodo, R. (1985), *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial.
- Mosse, G. (2005), *La nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons.
- (2015), *Le origini culturali del terzo Reich*, Milán, Il Saggiatore.
- Mussolini, B. y Gentile, G. (1932), *La dottrina del fascismo*, Roma, Enciclopedia Italiana.
- Núñez Seixas, X. M. (2018), *Suspiros de España. El nacionalismo español (1808-2018)*, Barcelona, Crítica.
- Orestano, F. (1939), *Il nuovo Realismo*, Milán, Fratelli Bocca,
- Pemán y Pemartín, J. M. *El discurso del señor Pemán radiado anoche*, ABC, Sevilla, 26 de agosto de 1936.
- (1939) [2015], *La historia de España contada con sencillez*, Madrid, Ediciones San Román.
- Pemartín y Sanjuán, J. (1941), *Introducción a una filosofía de lo temporal*, Madrid, Espasa Calpe.
- (1938): *Los orígenes del Movimiento*, Burgos, Publicaciones del Ministerio de Educación nacional
- (1938): *¿Qué es lo nuevo? Consideraciones sobre el momento español presente*, Santander, Cultura Española.
- Pérez Monfort, R. (1992), *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, Ciudad de México: FCE.
- Preston, P. (1994), *Franco “Caudillo de España”*, Barcelona, Grijalbo Mondadori.
- Quiroga Fernández de Soto, A. (2008), *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, CEPC.
- (2007), *Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la dictadura de Primo de Rivera*, Granada, Comares.
- Redondo, O. (1932), *El Nacionalismo no debe ser confesional*, *Libertad*.
- Reig Tapia. (1995), *Franco “Caudillo”: Mito e realidad*, Madrid, Tecnos.
- Río Cisneros, A. del (1968), *José Antonio Intímulo. Textos Biográficos y epistolario*, Madrid, Ediciones del Movimiento.

- Rocco, A. (1925), *La dottrina del fascismo e il suo posto nella storia del pensiero politico*, en Renzo de Felice (1971), *Autobiografía del fascismo. Antología de testi fascisti (1919-1945)*, Roma, Minerva Italica.
- (1938), *Scritti e discorsi politici di Alfredo Rocco*, Milán, Giuffré Editore.
- Sardá y Salvany, F. (1884) [2011], *El liberalismo es pecado*, Barcelona, Librería y tipografía católica.
- (1883), *La Gran tesis española*, *El Correo Catalán*.
- Saz Campos, I. (2003), *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons.
- (2004), *Fascismo y franquismo*, PUUV, Valencia.
- (2013), *Las caras del franquismo*, Comares, Granada.
- Scheler, M. (1936), *El resentimiento en la Moral*, Madrid, Espasa Calpe.
- Sepúlveda Muñoz, I. (2005), I. *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons.
- Spengler, O. (1923) [2011], *La decadencia de Occidente*, Barcelona, Austral.
- (1933) [2011], *Los años decisivos*, Madrid, Altera.
- Spinetti, G. S. (1933), *Il concetto della natura umana*, *La Sapienza*, 1.
- Tarquini, A. (2013), *Il Gentile dei fascisti. Gentiliani e antigentiliani nel regime fascista*, Bologna, Il Mulino.
- Tomás, J. M. (2001), *La Falange de Franco: Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona: Plaza y Janes.
- (2019), *Los fascismos españoles*, Barcelona, Ariel.
- Tovar, A. (1941), *El imperio de España*, Madrid, Ediciones Afrodísio Aguado.
- Tusell, J. (1997), *Las derechas en la España contemporánea*, Madrid, UNED.
- (2006), *La historia de España en el siglo XX: La dictadura de Franco*, Taurus, Madrid.
- Tuñón de Lara, M. (1993), *El régimen de Franco (1936-1975)*, Madrid, UNED.
- Vegas Latapie, E. (1938), *Romanticismo y democracia*, Santander, Cultura Española.
- (1989), *Los caminos del desengaño. Memorias políticas (1936-1938)*, Madrid, Tebas.
- Viñas, A. (2007), *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil. Antecedentes y consecuencias*. Alianza Editorial: Madrid.